

NUEVAS MIRADAS

SOBRE EL PATRIMONIO HISTÓRICO-EDUCATIVO

AUDIENCIAS, NARRATIVAS Y OBJETOS EDUCATIVOS

 X JORNADAS
sephe

CANTABRIA 2023
SANTANDER Y POLANCO

COORDINADORES:

Eduardo Ortiz García

José Antonio González de la Torre

José Miguel Saiz Gómez

Luis María Naya Garmendia

Paulí Dávila Balsera

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Diseño y maquetación: José Miguel Saiz Gómez

Coordinación: Eduardo Ortiz García, José Antonio González de la Torre, José Miguel Saiz Gómez, Luis María Naya Garmendia y Paulí Dávila Balsera

© 2023 Centro de Recursos, Interpretación y Estudios de la Escuela

© 2023 de los textos, los autores

D. Legal: SA-198-2023

ISBN: 978-84-95302-80-9

Vico Monteoliva, M., et al. (1985). *Guía para la realización de trabajos de investigación en Teoría e Historia de la Educación*. Málaga: Universidad de Málaga.

Woods, P. (1987). *La escuela por dentro. La etnografía en la investigación educativa*. Barcelona: Paidós.

«Lector in fabula». Las obras de viaje de Edmondo De Amicis a través de los ojos de los estudiantes¹

Anna Ascenzi

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-2209-4584>

Elisabetta Patrizi

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-2383-1993>

Università degli Studi di Macerata

1. Introducción

Desde hace muchos años, los historiadores de la educación tratan acerca de los libros escolares y de lecturas según los enfoques más diversos: desde los clásicos estudios detallados de naturaleza histórico-literaria y estilística hasta llegar, pasando por los análisis relativos a las ediciones y a la relación con los editores, a estudios más articulados e innovadores que tratan de establecer un diálogo entre varias fuentes, indagando sobre el uso didáctico de los textos mediante el análisis de los cuadernos escolares, ejercicios escritos y exámenes (c.f. Ascenzi-Sani, 2017-2018, vol. I, pp. 10-13, vol. II, pp. 24-29). Sin embargo, una perspectiva de estudio que, en nuestra opinión, está aún completamente inexplorada en el ámbito histórico-educativo es la que lleva a considerar el libro de lectura como un objeto físico, dotado de características externas e internas que a veces varían considerablemente de un ejemplar a otro. En particular, parece digno de atención específica el análisis de todas aquellas intervenciones extratextuales (comentarios, notas dejadas en las páginas de guarda, en los márgenes y al final del texto, bocetos, subrayados, etc.), realizadas por los usuarios directos de la obra, que a menudo surgen al realizar, a modo de autopsia, el examen de algunos ejemplares. Estamos ante trazas concretas del proceso de *cooperación interactiva* con el texto, que tan bien supo ilustrar Umberto Eco (1985, p. 5), que se activa en el momento en

1 Esta aportación se ha redactado en estrecha colaboración entre las dos autoras. Hay que señalar que Anna Ascenzi es responsable de la redacción de los apartados 1, 5 y 6, mientras Elisabetta Patrizi lo es de los apartados 2, 3 y 4.

que un lector toma en su mano un libro. Estamos ante signos que nos permiten intuir algo más de esa especial relación que se establece entre la obra y su destinatario, captar algunos de los infinitos aspectos en relación con los mecanismos de interpretación de la obra y adentrarnos, en fin, en los meandros de todo aquello que «*el texto no dice (pero presupone, promete, implica e insinúa)*» (ibid.).

Nos parece que se trata de una línea de investigación inédita en el ámbito histórico-educativo, solo parcialmente abordada en el marco del estudio de la llamada escritura infantil, presente sobre todo en los cuadernos escolares (Antonelli-Becchi, 1995), pero nunca hasta ahora aplicada -que sepamos- a los libros escolares y de lecturas en los que por cualquier razón se conservan algunas huellas de uso por parte del lector. En estos signos manuscritos podemos reconocer una peculiar escritura infantil, que nace de la relación directa con el texto, con el autor, con los futuros lectores de la obra, y que detecta claramente la presencia de un tercer actor, que colabora en la construcción del significado del texto, como demuestran la psicología contemporánea de la lectura y, aún antes, los estudios bibliográficos sobre la historia del libro y de su uso (Borraccini 2009, pp. XI-XIV).

Con esta perspectiva, la presente contribución se propone centrarse en el análisis de algunos ejemplares de las obras de Edmondo De Amicis conservados en el Centro de Documentación e Investigación sobre la Historia de los Libros Escolares y de la Literatura para la Infancia de la Universidad de Macerata, deteniéndose en particular en algunos de los *reportajes* de viajes del gran autor de Oneglia. El motivo de esta decisión está no solo en la consideración de la importancia del autor, que, más allá de los dispares juicios de la crítica, fue indudablemente “el primer escritor de popularidad nacional” del panorama literario posterior a la unidad de Italia (Croce, 1921, p. 161); más allá de esto, hemos tenido en cuenta que los escritos de viajes de De Amicis fueron concebidos, por un lado, con la clara intención de “llevar de viaje” a los lectores, brindándoles la oportunidad de establecer contacto con otros países, de ampliar sus horizontes, y por otro, de apoyar el proceso de definición de la identidad emprendido por el país tras la Unificación (Danna, 2000, p. 15). También hay que señalar que los ejemplares examinados se caracterizan por otra particularidad, no secundaria, ya que proceden de una rica y prestigiosa biblioteca escolar, la del Convitto Nazionale Giacomo Leopardi de Macerata (Avesani, 1988, p. 66), e incluyen todo un aparato de notas autógrafas escritas por diversos lectores, en particular estudiantes del Convitto, que tenían acceso a los textos de la biblioteca y que los consideraron a todos los efectos como ‘objetos vivos’, que subrayaban, comentaban y anotaban

con impresiones personales, a veces serias y comprometidas, a veces más ingeniosas y chistosas, pero todas ellas testimonio del libre diálogo establecido entre los textos y estos usuarios en particular.

2. Los escritos de viajes de De Amicis en la Biblioteca del Convitto Nazionale G. Leopardi de Macerata

La biblioteca del Convitto Giacomo Leopardi de Macerata conserva varias obras de Edmondo De Amicis, un total de 11; se trata, junto con Andersen, del escritor más representado en la biblioteca. Este dato confirma el perfil de una biblioteca destinada principalmente a los estudiantes, que contaba con un núcleo considerable de obras elegidas para acompañar a los estudiantes del internado en sus momentos de solaz, de modo que casi el 22 % de los textos puede adscribirse al amplio y complejo sector de la literatura infantil y juvenil. En cuanto a las obras de De Amicis presentes en la biblioteca del Convitto Leopardi, llama la atención que todos los volúmenes aparecen alojados en cubiertas de cierta categoría, de tapa dura, en imitación de piel, a veces jaspeadas, todas con el título de la obra escrito en el lomo del volumen en letras mayúsculas doradas. Estos elementos dan una idea de la importancia asignada a estos textos, concebidos para ser confiados al libre uso de los estudiantes, pero también para formar parte de un patrimonio bibliotecario que se conserva y transmite dentro del instituto.

Pero hay otros dos elementos que llaman la atención incluso al observador más casual en relación con la representación de la producción de De Amicis dentro de dicha biblioteca escolar de Macerata. La primera en relación con una laguna bastante notoria, que es la ausencia de la obra maestra de De Amicis, la más conocida, *Corazón*, si bien parece estar presente entre las lecturas de los estudiantes del internado, como se desprende claramente de un comentario en la última página de la obra *A las puertas de Italia*, en el que se lee:

Este es el libro más bello hecho por la mano de De Amicis: es instructivo, moral y rico en vocabulario. Si se ha hecho querer tanto con el libro *Corazón*, lo mismo pasará con el hermoso libro que tantos muchachos deberían comprar y amar y que tanto honor hizo al autor, *A las puertas de Italia* (De Amicis, m.f., p. 422).

Es el juicio de un lector que parece conocer bien la producción de De Amicis y que ofrece una opinión articulada sobre la obra, impregnada del sentimiento de espíritu patriótico que el escritor ligur-piamontés infundió en sus obras y que durante mucho tiempo se fomentó en las aulas

italianas. Son palabras bien meditadas, cuidadosamente escritas con un lápiz morado, el mismo que utilizaron Emilio Nardi y Armando Leoluolo para estampar sus firmas en la portadilla de la obra, seguidas de una indicación cronológica, 1914 para ambos, periodo en que puede encuadrarse la anotación apreciativa sobre la obra de De Amicis aquí citada. No podemos excluir la posibilidad de que no todos los volúmenes de la biblioteca hayan llegado hasta nosotros y que tal vez, durante los trabajos de reorganización del inventario que presumiblemente se llevaron a cabo en los años del fascismo, algunos textos se perdieran o tal vez se descartaran deliberadamente por estar en mal estado. Un misterio, este, que no podemos desentrañar, pero que no podíamos dejar de señalar.

Otro rasgo llamativo en relación con las obras de De Amicis conservadas en la Biblioteca G. Leopardi, es la significativa presencia de escritos fruto de los numerosos viajes realizados por el escritor ligur-piamontés a lo largo de su intensa existencia (cfr. Surdich, 1985; Danna, 2000; Bezzi, 2007; Damari, 2012). Tenemos cinco: *Recuerdos de Londres* (1874), *España* (1878), *Holanda* (1878), *Constantinopla* (1878), *Marruecos* (1880). Se trata de textos que han pasado por mucho, a los que a menudo les falta la portada de papel y que tienen páginas desgastadas, arrancadas, despegadas, salpicadas de cuando en cuando con llamativas manchas de tinta. Este dato aparentemente secundario, da testimonio de un hecho importante, que es uso efectivo y en algunos aspectos incluso intenso que se hizo de estas obras, cuyo destino consistió en pasar por las manos de varios estudiantes, a veces incluso a distancia de varias generaciones. Los textos no están muy anotados, como es el caso con la *Vida militar*, la primera obra maestra de De Amicis, objeto de nuestro análisis en otro artículo, que es con mucho la más rica en huellas de lectura de todo el *corpus* de obras de De Amicis recibidas en la biblioteca de Macerata (Ascenzi, Patrizi, de próxima publicación); sin embargo, en ellos se pueden encontrar intervenciones de diversa índole, algunas bastante peculiares, que revelan la recepción y el trato de cada volumen dentro del internado, es decir, llevan consigo anotaciones a veces incluso muy diferentes, estrechamente vinculadas al contenido de la narración y a las reflexiones/impresiones que suscitó, así como a las vivencias de los lectores y a su manera personal de entrar en contacto con las imágenes de otros lugares del mundo evocadas en la obra.

3. «Este libro es aburrido» y «¡Feísimo!... ¡Requetefeo!»: las notas de los estudiantes al viaje a Londres y al reportaje sobre Marruecos

El texto *Recuerdos de Londres* de la Biblioteca del Convitto G. Leopardi se encuentra en un hermoso ejemplar, finamente encuadernado, junto con otros escritos de viajes, como la *Excursión a los barrios pobres de Londres* de Louis Simonin y otras tres obras mucho más voluminosas de la colección *Biblioteca de viajes* de Fratelli Treves, introducidas con sus respectivas portadas de papel: *La Zelanda (Neerlandia)* de Charles De Coster (1875) y *Viaje a Dinamarca* de Jean Marie Dargaud, seguidas del *Viaje por el interior de Islandia* de Natale Nogaret (presentes en la edición conjunta de 1874). Al ejemplar que poseemos le falta la primera portada de papel, la que debería haber introducido la «breve *compte rendu*» de De Amicis y el texto de Simonin (Bezzi, 2007, p. 19), pero el *Prefacio* firmado por los hermanos Treves revela que se trata de la *primera edición* de las dos obras, aparecida en 1874 (De Amicis, 1874). Los sellos aplicados a la obra indican que pasó a formar parte de los primeros fondos de la biblioteca del Convitto, desde sus mismos comienzos, cuando aún estaba bajo la responsabilidad de la provincia de Macerata, y que el texto pasó a formar parte de la Biblioteca del Convitto, creada a principios del nuevo siglo, cuando la institución ya había adquirido una fisionomía de organismo nacional (Avesani, 1988, pp. 64-65).

Las anotaciones de los estudiantes se concentran en las páginas iniciales y finales del ejemplar, una práctica muy habitual, que hemos constatado en muchas de las más de cuatrocientas obras de la Biblioteca del Convitto Leopardi caracterizadas por la presencia de notas de los estudiantes. Podemos imaginar que muchas de las anotaciones originales se han perdido, ya que faltan la portada inicial y las páginas de guarda finales. En cuanto a las notas que en su estado actual pueden leerse, se observa que las intervenciones en el texto adoptan en su mayoría la forma de una simple firma, que en algunos casos va acompañada también de una fecha. En la mayor parte de los casos, la fecha de lectura del texto es 1910. Las notas más antiguas se remontan a 1901 y la más reciente es de 1920. También es interesante el porcentaje de lectores durante el periodo de la Primera Guerra Mundial; los bocetos con figuras de soldados que aparecen en el texto [fig. 1] pueden atribuirse probablemente a este periodo. Pocos son los comentarios que entran a valorar los méritos del contenido del texto: solo hay tres, y el veredicto en ellos expresado no es precisamente halagador: “Este libro es aburrido”, “Este libro es aburrido, Montesi Salvatore (Ancona), Fontespina 11-7-27”, “Ferrara Alberto leyó este libro, que cier-

tamente es muy bonito pero un fastidio en fin de cuentas” (De Amicis, 1874, primera guarda, reverso del mapa de Zelanda; *Viaje al interior de Islandia*, p. 228). Solo en un comentario se hace referencia específica al texto de De Amicis, pero sin entrar en su valor: “Spalletti leyó *Recuerdos de Londres* el 7-7-1908” (Ibid., *Viaje a Dinamarca*, portadilla).



Fig. 1: De Amicis (1874).

En otro tono, aparecen varias notas de lectores que nos proporcionan información sobre la vida dentro del internado. Algunos estudiantes, por ejemplo, señalan la compañía de referencia: “Rolando Sirone, 2ª compañía 3-07-08” (ibid., *La Zelanda*, después de la nota introductoria y p. 81, reverso de la portadilla de *Viaje a Dinamarca*), “Emiliani 2-5-1906, 6ª compañía” (ibid., *La Zelanda*, p. 81, *Viaje a Dinamarca*, p. 85), lo que confirma la naturaleza organizativa de tipo militar del Convitto, que establecía para los internos una subdivisión interna en compañías (cf. Reglamento, 1865, p. 14). En un caso, los estudiantes especifican la ciudad de procedencia y el hecho de haberse conocido: “Este libro fue leído por Arciani Carlo el 1 de mayo de 1906 (Ancona)”; “Leído por Tasini Cesare de Ancona al 31 de mayo de 1916, conoció a Arciani” (ibid., *Viaje al interior de Islandia*, p. 229). Otras notas nos hacen reflexionar sobre los hábitos

de lectura de los estudiantes del Convitto. De hecho, allí donde aparece la indicación del mes, en la mayoría de los casos se refiere al periodo estival y en dos casos va acompañada de la indicación del lugar donde los internos pasaban el periodo estival, que era Villa Fontespina, en Civitanova Marche. Tal es el caso de la nota del citado Montesi Salvatore, y luego la de «Mastrocola Pietro, Fontespina 28 de julio de 1910» (ibid, *La Zelanda*, p. 81), que vuelve – como Piero Emiliani, Alberto Ferrara, Emidio Scardapane, Giovanni Battista Pallante y otros – a dejar su huella en otros escritos de viaje de De Amicis, señal de su aprecio por el autor, de un hábito de lectura fomentado en el internado y, no menos importante, de que los internos compartían sus lecturas. Así, en *Holanda* descubrimos que Mastrocola era originario de Loro Piceno y Ermidio Scardapane era de Vasto (De Amicis, 1878, página de guarda delantera, p. 240), mientras que en *Marruecos* podemos –por así decirlo– apreciar los rasgos de Piero Emiliani, que propone una especie de autorretrato estilizado [fig. 2], y podemos además constatar que Piero Mastrocola, después de haberse dedicado a la lectura de *Recuerdos de Londres* en julio, aborda la de *Marruecos* al mes siguiente (De Amicis, [1880], p. 285, guarda interior de la portada).

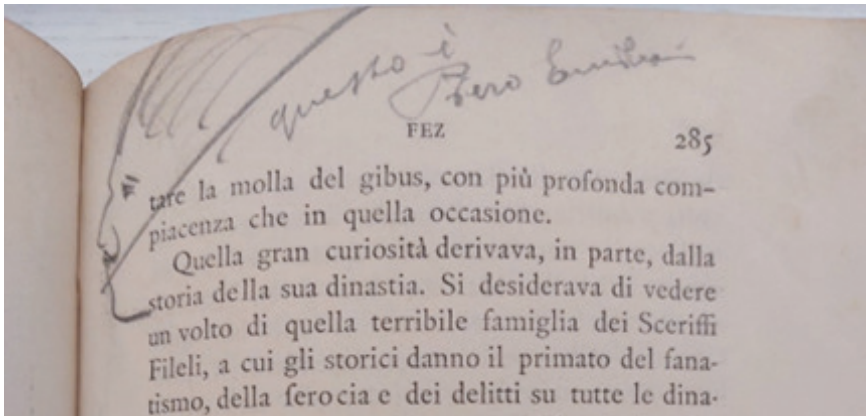


Fig. 2: De Amicis (1880), p. 285.

Estas últimas son las notas más interesantes que encontramos en *Marruecos*, que parece ser la obra menos marcada (y quizá menos leída y apreciada) de las incluidas en el *corpus de* escritos de viaje de De Amicis presentes en la Biblioteca del Convitto Leopardi. También en este caso podemos suponer que se han perdido algunas notas, ya que la obra está mutilada de las páginas de guarda y de la portada de papel, pero el examen del ejemplar revela una calidad de lectura menos intensa y menos

compartida con respecto a los demás escritos examinados. No se puede descartar que esto se deba al enfoque desconfiado y a veces hostil con el que el autor describe una tierra percibida más como un destino por «conquistar, o más bien reconquistar» que un lugar por conocer, un país al que considera atrasado con respecto a la civilizadísima Europa, a menudo evocada como un faro de progreso y modernidad, según una perspectiva ilustrada cargada de prejuicios, que invalidan la calidad de la narración y la hacen menos atractiva a los ojos del lector (Redouan, 2016).

En *Marruecos* solo encontramos una anotación que entra en el tema del texto y se inserta en el momento en que De Amicis informa de una cena en casa del embajador, que se encuentra en la situación de tener que describir Italia a dos viejos caídos. Cuando los invitados preguntan: “¿Y qué población tiene su país?” y el embajador responde: “Veinticinco millones”, un lector corrige la palabra veinticinco con el número 42, señalando: “Estamos en 1880, cuando teníamos 25 000 000”, y otro lector le sigue, precisando que Italia tiene “ahora más de 40 millones” de habitantes (De Amicis, [1880], p. 228). De estas intervenciones se deduce que los estudiantes tenían en sus manos la octava edición de la obra, publicada por los hermanos Treves en 1880, y que la leyeron unas tres décadas después, en una época en la que evidentemente seguían vivas las directrices pedagógicas que fomentaban el sentimiento patriótico también a través de algunos elementos básicos de la geografía antrópica del *Bel Paese*.

Los comentarios de los lectores se concentran en las páginas de guarda del final, y tienen la forma habitual de un juicio sintético, pero con un elemento de novedad dado por el marco en el que se insertan estas notas, que parecen establecer una conversación entre ellas, en una especie de toma y daca, en el que se destacan las opiniones similares y las contrarias. Así, Zampa sostiene que “Este libro es precioso. El que no lo lea es un asno”; con él coincide Spada, que se hace eco de la opinión de su compañero y la refuerza al afirmar que “Asno quien diga que es feo”, y otro alumno le da la razón, añadiendo al respecto, inmediatamente después, con una expresión algo amanerada: “Il a raison”. En la página de al lado, Zampa, de quien descubrimos que se llama Eraldo, borra con lápiz la palabra “feo” y reitera su juicio, afirmando que “este libro es precioso”, y lo hace en clara oposición a los comentarios dejados antes por otros dos estudiantes, a saber, Francesco Franchi, que “declara que este libro es muy feo”, y Bentivoglio, que reitera por cuatro veces dentro del libro su juicio negativo, calificando el texto de “¡Feísimo!... ¡ Requetefeo!” (pp. 15, 182, guarda interior de la cubierta).

4. «Bonito e instructivo»: los reportajes de viajes más apreciados

Muy distintas, con respecto a las analizadas anteriormente, son las anotaciones de los estudiantes que se encuentran en la copia de *España* de De Amicis (1878a), el primer *reportaje* de viajes del escritor de Oneglia, presente en la Biblioteca del Convitto Leopardi en la edición de 1878 publicada por Barbera. Las páginas de la obra han sido recortadas para poder alojarlas en una cubierta de más calidad que la original, de simple cartoncillo azul; este cambio ha determinado la pérdida sustancial de muchos comentarios, probablemente los más antiguos, de los que solo quedan unas sílabas difíciles de interpretar. La nota más antigua es de finales del siglo XIX y nos dice que “Simonelli Cesare, a 4-10-1894 leyó este libro”, luego tenemos una nota de “Corrado Felicioli, 31 de julio de 1910 Fontespina”, que confirma el hábito de la lectura recreativa durante las vacaciones de verano de los internos en la costa adriática; después, entre las notas tardías, hay también una de “Piero Truliani 3-12-915”, que vuelve varias veces para añadir su firma en la primera parte del texto (pp. 41, 61, 66, 121, 136, 279). La anotación más reciente es de 1930, pero la mayoría de las notas se remontan a los años veinte y se caracterizan por la presencia de comentarios, más bien lapidarios, y/o por la indicación del nivel escolar al que asistía el estudiante que, cuando se indica concretamente, corresponde al Instituto Técnico Alberico Gentili de Macerata. Se confirma así, de manera indirecta, la naturaleza estratégica del Convitto, una institución para dar a los estudiantes de los pueblos limítrofes y más alejados la posibilidad de asistir a los centros de enseñanza secundaria de la ciudad. Así escribe el estudiante Maurizio Carbonari en la guarda delantera del texto: “Hermoso, placentero, moral e interesante. Maurizio Carbonari de Ancona leyó el 5/10/1930-VIII, Convitto nazionale G. Leopardi, IV escuadra, 2° Instituto Técnico Inferior Alberico Gentili Macerata”. Antes que él, en el mismo lugar, Manlio Massi señala: “Bonito, pero no muy interesante. Leído por Massi Manlio de Tolentino el 30-8-924, clase III Instit. Superior” [fig. 3]. El caso de Manlio Massi es digno de atención, ya que el estudiante estampa su firma en distintas partes del volumen, hasta en 13 ocasiones (una de ellas incluso en forma de sello), casi como para dejar constancia del avance de su experiencia personal de lectura del texto, y en el reverso de la última página insiste en su juicio inicial: “Bonito, pero no interesante. Massi Manlio”, a lo que otro estudiante, posiblemente pariente de Manlio, replica inmediatamente: “Bonito y muy interesante. Massi Gino”. Juicios, estos, a los que se unen otros en la misma página “Fontespina 2-7-1923. Leyó y encontró selectivo Aldo Loggiano, II técnica”, seguido de otro comentario anónimo “Bonito e instructivo” y uno en

la página de guarda posterior, donde Manlio Massi, una vez más, vuelve a escribir “discretamente bonito”; el alumno Aldo Caggiano estampa un sello en el que declara: “Leído por Aldo Caggiano 1-8-1923, Precioso”. En general, los juicios sobre el *reportaje* español son bastante positivos y parecen apreciar esa escritura descriptiva a veces anecdótica y en algunos puntos incluso demasiado deudora, como demuestra Croce (1921, p. 180), del *Viaje por España* de Gautier, aunque en el “no interesante” de Manlio Massi se pueda rastrear quizá la intuición de un De Amicis todavía no del todo libre de expresarse en la narración porque era prisionero de las lecturas y modelos a través de los cuales relee su aventura española.

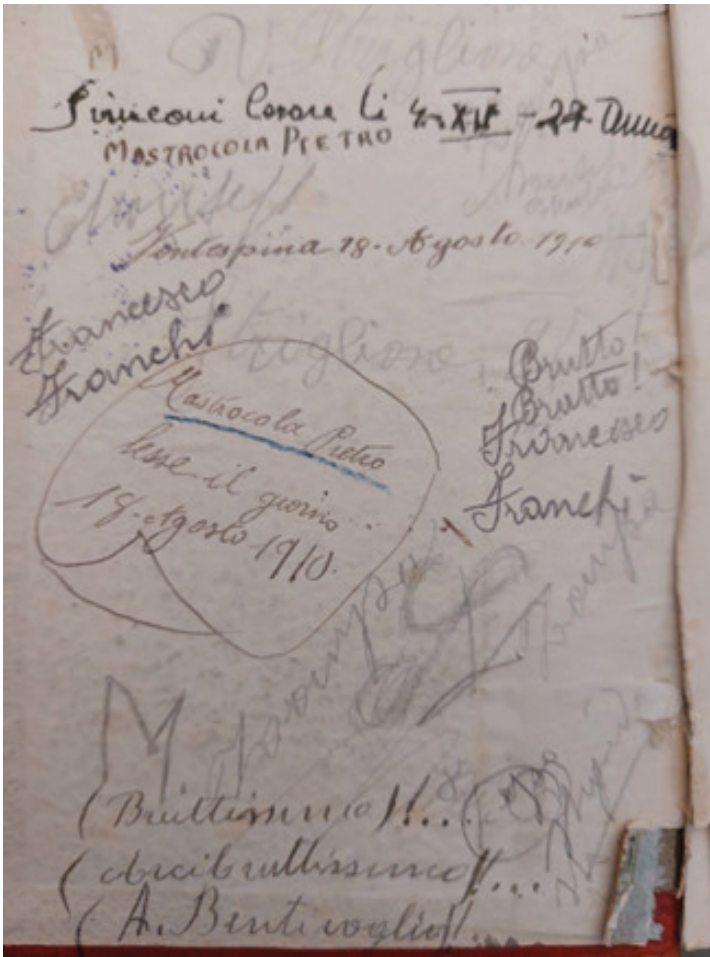


Fig. 3: De Amicis (1878a).

En el texto, además, aparece otro tipo de intervención de los lectores, en forma de subrayado de algunos pasajes, tal vez considerados especialmente significativos, curiosos o merecedores de una atención extra de parte suya y de futuros lectores. A este respecto, resulta interesante el hecho de que en un momento determinado del capítulo dedicado a Madrid, en la parte dedicada a *Los encierros*, hay un pasaje subrayado con lápiz de color azul: “pero tú, forastero, solo te pones pálido: ¡el chico que está a tu lado se ríe, la doncella que se sienta delante está loca de alegría, la señora que ves en el palco de al lado dice que nunca se había divertido tanto!”. (De Amicis, 1878a, p. 186). Al final del volumen encontramos el mismo lápiz azul usado dos veces más en la firma de un estudiante, probablemente el mismo al que impresionó el pasaje de la corrida de toros. Se trata de Francesco Properzi, que vuelve a dejar su firma varias veces en las páginas del volumen, revelando que leyó el volumen en dos momentos distintos, entre el 10 y el 21 de abril de 1927 y entre el 10 y el 14 de diciembre de 1927, y que lo encontró “precioso” (pp. 485, 486, 369).

No faltan los pasajes subrayados seguidos de breves comentarios chistosos, que dan vida al libro, signos de interacción que surgen en el momento de la lectura y se dejan para arrancar una sonrisa a los lectores posteriores. Así ocurre con el pasaje en el que De Amicis relata haber asistido a un baile en el teatro de Zaragoza, donde le impresionó una pareja que bailaba: “ambos eran bellos y altivos, vestidos con el antiguo traje aragonés; iban abrazados estrechamente, cara con cara, como si el uno quisiera respirar el aliento del otro, encendidos como dos violetas y radiantes de alegría”. El lector subraya la expresión “encendidos como dos violetas” y deja un lacónico “¡estúpido!”, quizá no considere del todo correcta la comparación o no aprueba la reacción del autor ante esa escena. El relato de De Amicis termina con el autor recordando cómo “a la mañana siguiente, antes del alba, partí para Castilla la Vieja” y la misma mano del comentario anterior apostilla: “buen viaje. Di Giovanni” (pp. 70-71). En las páginas siguientes, descubrimos más cosas sobre Di Giovanni, a saber, que se llama Guglielmo, que asiste al tercer curso del Instituto Técnico y que leyó este libro en 1923 (p. 123). Un capítulo, el de Madrid, que parece haber sido leído con cierta atención por el estudiante Di Giovanni, que vuelve a apostillar otro pasaje, en el que el autor afirma: “tras encontrar la casa y la cocina, no me quedó más trabajo que rondar por la ciudad, con la Guía en el bolsillo y el cigarro de tres cuartos en la boca”, pasaje que arranca otra nota jocosa a nuestro estudiante: “¡Qué bien te lo pasas! 11-2-1923, Di Giovanni” (p. 130). Al final de las densas páginas dedicadas a la capital española, De Amicis habla con admiración del orgullo nacional de los españoles, con la evidente intención de ofrecer a los lectores italianos un ejemplo a emular, pero en la tercera página

dedicada al tema, un estudiante, con toda probabilidad todavía nuestro irreverente Di Giovanni, comenta “¡ya está bien de monsergas!” (243; cf. Danna, 2000, p. 54). Una nota simple pero contundente, que evoca por un momento una escena de la vida escolar, presente en el imaginario de tantos alumnos de la época y de todas las épocas, en la que encontramos al profesor hablando desde la pizarra, muy metido en su papel de dar una clase llena de sentido, cuya retórica queda anulada de golpe por la chispa del chiste de un estudiante, susurrado a media voz a su compañero de pupitre.

Un signo de sincero aprecio aparece, por otro lado, en la anotación dejada por otro lector, más adelante, que parece haber disfrutado la lectura del sermón pronunciado en la mezquita de Córdoba y comenta “como arenga, es buena” (De Amicis, 1878a, p. 309). Pero se trata de una excepción, las notas que acompañan a las páginas de *España* son prevalentemente de naturaleza chistosa, como la que deja en el penúltimo capítulo del volumen una mano distinta a la de nuestro Di Giovanni. En el capítulo dedicado a Granada, De Amicis relata un viaje en tren en el que, presa del sueño, no puede mantener erguida la cabeza, que oscila continuamente de un lado a otro sobre sus vecinos de asiento, uno de ellos una monja, de la que dice: “La pobre monja, toleraba los cabezazos y callaba, quizás en expiación por sus pecados de pensamiento”, y el lector no se abstiene de comentar “¡¡¡seguro que no eran pocos!!!” (p. 401). En este tipo de puntilla bromista se aprecia una voluntad ya no solo de interactuar con el texto, sino también de despertar una sonrisa en los futuros lectores, quizá compañeros de clase con los que se compartirá esta lectura.

Son varios los pasajes que impactan en la imaginación de nuestros lectores, destacados con simples líneas al margen, a veces muy pronunciadas, como para dar mayor relieve a ese punto del texto, casi como para detenerlo un instante en la mente, con la esperanza de conservar el recuerdo, una marca para dejar la marca de las emociones sentidas durante la lectura y para poder localizar fácilmente ese punto tan apreciado en otra ocasión, antes de dejarlo a otros que encontrarán esa marca y quizá puedan compartir las mismas sensaciones. Es este el caso del pasaje que describe el interior resplandeciente de la mezquita de Córdoba (pp. 302, 306-307) o aquel en que se evoca la magia del amanecer visto desde el puerto de Cádiz (p. 377-378). Son muy apreciadas las ricas páginas dedicadas a la Alhambra, especialmente las dedicadas al harem del sultán (pp. 412-427), y están muy subrayadas las partes en que De Amicis describe la visita al Alcázar de Sevilla donde, mientras pasea por los jardines, evoca la imagen de la amante del rey Al-Motamid, Itimad, describiendo toda su sensual belleza (pp. 349-350). Especialmente agradables son los pasajes

en que el autor se detiene en la hechizante belleza de las mujeres andaluzas, en cuyo encanto insiste en varias ocasiones (pp. 350-351), sobre todo cuando narra una visita a la fábrica de cigarros de la ciudad, “una de las más grandes de Europa, y que cuenta con no menos de cinco mil obreras”, todas ellas con “vestidas de rosa, con sus trenzas negras y sus grandes ojos” (p. 353).

También en el ejemplar de la obra *Holanda*, conservado en la biblioteca de Macerata en la edición florentina de 1878, siempre publicada por el editor Barbera, vuelve el hábito de indicar partes del texto mediante signos que enmarcan párrafos, subrayados de frases concretas y marcas de verificación en los inicios de períodos (De Amicis, 1878b). Estos signos van a veces acompañados de consideraciones, a veces muy amargas, que comparan el contexto holandés con el italiano; hay varias y todas parecen haber salido de la misma mano, la de un lector perspicaz que mira sin fingimiento la realidad social italiana y no puede sino admirar la ‘civilización’ del pueblo holandés, pacífico y trabajador. Así ocurre en el pasaje en el que De Amicis habla de la costumbre que tienen los campesinos holandeses de saludar a quienes se encuentran por el camino: “Algunos se quitan la gorra con un curioso gesto, al sesgo, casi como en broma. Por lo general, dan los buenos días o las buenas tardes sin mirar a la cara a quienes saludan”. Inmediatamente después aparece la puntilla “mal”, probablemente referida al hecho de que no miran a la cara, pero junto al pasaje que describe la costumbre de saludar hay un comentario del que se desprende la profunda consideración del lector por esta costumbre del pueblo holandés: “Gran educación, en Italia eso no lo hace ni siquiera la gente instruida” (p. 194).

Tienen un cierto impacto los comentarios que acompañan a las páginas, quizá las más originales de toda la obra, en las que De Amicis describe con admiración su visita a la escuela del pueblo de Naaldwijk. Aquí nuestro lector, presumiblemente el mismo de la apostilla anterior, se ve llevado naturalmente a hacer una comparación con la realidad de la escuela italiana, que el propio De Amicis en su narración describe como a años luz de la escuela holandesa, muy avanzada incluso en zonas periféricas. El autor está impresionado por el hecho de que una simple escuela de pueblo esté alojada en un edificio construido a tal efecto, limpiísimo, bien iluminado y bien equipado con material escolar. Un asombro, este, que el lector comparte. De hecho, allí donde De Amicis señala que los chicos depositan sus zuecos a la entrada de la escuela y “se quedan solo con los calcetines, pero no pasan frío, porque llevan calcetines muy gruesos; pero sobre todo porque las aulas están caldeadas como los despachos de los ministros”, un estudiante comenta: “en Italia ni siquiera los institutos” (p.

196). Se han resaltado, subrayándolos, dos pasajes en particular: el que describe la estructura interna del edificio escolar, y el siguiente, donde se compara la limpieza de la escuela y la de los alumnos. De Amicis observa que quizá esta última no acabe de convencerle, pero insinúa la duda de que esta impresión esté condicionada por el ambiente escolar tan limpio y lustroso “como el que se encuentra en pocos hoteles de primera clase”, hasta el punto de llegar a sospechar que “en una escuela italiana, esos mismos muchachos tal vez me habrían parecido limpios” (p. 197). El lector subraya muy claramente la frase y parece compartir esta observación, quizá queriendo dejar así bien patente su aprobación con respecto al juicio del autor.

La vida escolar parece entrar en tromba en otro comentario de la misma mano en las páginas de la obra, donde De Amicis describe la actitud pacífica de los holandeses, que rara vez dirimen las hostilidades con duelos o se entregan a comportamientos o palabras violentas, y que ni siquiera en las “batallas del Parlamento”, por muy “encarnizadas” que sean, ceden al insulto. Los diputados en tales coyunturas “se dicen impertinencias secas, pero con calma, sin hacer ruido [...] y hieren sin dar voces”. Esta afirmación se completa con la intervención de un lector, que comenta: “pero no hacen volar los tinteros” (p. 227), referencia esta que hace pensar en una vida escolar con un día a día muy agitado, probablemente caracterizada por profesores con mucho temperamento, a menudo protagonistas de ataques de ira y de intemperancia hacia los estudiantes. El mismo tenor es el que encontramos en el comentario que acompaña al pasaje en el que De Amicis describe la ciudad de Alkmaar y se detiene en el encuentro con un grupo de estudiantes: “pasó a mi lado un grupo de estudiantes con su tutor; bastó un gesto de este, y todos se quitaron la gorra; y ciertamente, yo en ese momento ni por asomo estaba vestido como para pasar por un pez gordo”. El lector señala tristemente, con juicio claro e implacable: “lo que no hacen los señores tutores del internado nacional de cara al público, ni los propios internos cuando van solos. Es la educación que falta en Italia, en todas las clases” (p. 373).

Algunas notas saben arrancarnos una sonrisa. También en *Holandá*, De Amicis vuelve sobre las características físicas de los habitantes, en particular de las mujeres, en relación con las cuales considera:

no son pequeñitas, son más bien altas y regordetas; sus rasgos faciales son irregulares, su piel es lisa y brillante, de un hermoso blanco pálido o de un rosa muy delicado, que parece haber sido tocado por el soplo de un ángel; [...] sus ojos son de un azul claro, a menudo clarísimo [...]. Se dice que no tienen los dientes bonitos: no sabría decirlo, porque rien poco.

Un estudiante irreverente no rehuye el chiste fácil y comenta “claro, para no enseñarlos” (p. 163).

Otras notas de lectores muestran una plena identificación con la situación narrada, como cuando De Amicis, al describir los días pasados en La Haya, cuenta que conoció a un caballero holandés que hablaba francés y sabía algunas palabras de italiano. Un encuentro especialmente grato para el autor, que afirma: “después de diez minutos, adoraba a aquel señor”. Así que un estudiante no puede dejar sin comentar: “Me lo creo” (p. 152), imaginando la sensación de infinita dulzura que se siente al oír la lengua materna en tierra extranjera y demostrando, al mismo tiempo, la propia capacidad de De Amicis para intermediar, es decir, para dibujar la experiencia vivida no como “meramente individual, sino como emocional e intelectualmente coral” (Bezzi, 2007, p. 99).

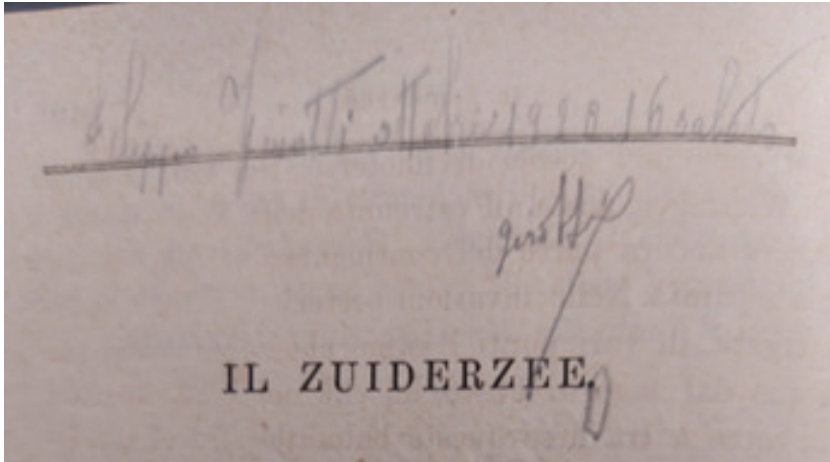


Fig. 4: De Amicis (1878b), p. 402.

Por supuesto, tampoco en *Holanda* faltan las anotaciones más comunes, que se resuelven en una simple firma acompañada a veces de una fecha. La indicación cronológica más antigua se encuentra en la página de guarda delantera y reza: “Este libro fue leído por Destefani Carlo el 10 de agosto de 1907”. Varias veces vuelve el nombre de un lector que hemos descubierto como un asiduo a las obras de De Amicis, Pietro Emiliani, que pone, junto a su nombre, la indicación 4 de enero de 1911 (De Amicis, 1878b, pp. 291, 295, 301). Sin embargo, la mayoría de las notas datan de los años veinte, como las atribuibles al estudiante Filippo Girotti, que, como Manlio Massi en *España*, e incluso más, deja su nombre escrito en las páginas del libro hasta 28 veces, casi obsesivamente, recordando a

menudo una fecha: “1920, 16 de octubre sábado” [fig. 4]. La razón de esta práctica no la conocemos, podemos imaginar que Filippo lo hace, como hemos supuesto para Manlio, para recordarse del punto del libro en que ha interrumpido la lectura, pero tal vez sea algo automático que se activa sin pensarlo mucho, simplemente para pasar el tiempo, tal vez de cuando en cuando Filippo se distrae o hace una pausa en la lectura y entonces escribe su nombre, siempre a lápiz, con su caligrafía estrecha y fina pero clara, bastante peculiar; quizás, otras veces, toma el mismo lápiz, con el que está jugueteando mientras lee y, en lugar del nombre, hace uno de esos garabatos que a menudo se repiten en las páginas de la obra y que quizás a nosotros mismos se nos ha ocurrido dibujar en nuestros libros de estudio y de lectura. En esos dibujos, en esas firmas, comentarios y anotaciones de diversas formas que los estudiantes del Convitto confían a las páginas de un libro, podemos vislumbrar pequeños momentos de la vida cotidiana de unos lectores a veces muy recurrentes y atentos, a veces divertidos y en general partícipes del contenido, y otras veces aburridos, distraídos, desencantados y desengañados. El pentagrama de las notas emocionales que transmiten estos signos autógrafos es potencialmente infinito, basta pensar que representan rasgos a través de los cuales podemos asomarnos al caleidoscópico mundo de los pensamientos y sensaciones que desde siempre han acompañado a los lectores de una obra.

Incluso la obra *Constantinopla*, que como sabemos comprometió a De Amicis en una larga y penosa gestación (Parenzi, 1961, pp. 177-180), es rica en diferentes tipos de anotaciones, sin duda debido también a la fascinación por el misterioso Oriente que el texto promete desvelar. En la biblioteca del Convitto G. Leopardi se conserva un ejemplar de la segunda edición de la obra publicada por los hermanos Treves en 1878 (De Amicis, 1878c). No faltan las habituales notas de estudiantes que se limitan a dejar su firma, aunque no son numerosas; entre ellas se encuentra un viejo conocido, Giovanni Battista Pallante (pp. 151, 159, 191, 319, 361, 530), a quien ya hemos conocido en *Recuerdos de Londres*. En cuanto al elemento cronológico, predominan las notas atribuibles a la primera década del siglo XX, aunque hay que señalar que la nota más antigua data de 1900 (p. 45) y la más reciente es de 1923 (página de guarda externa posterior).

Las notas del tipo comentario breve también están bien representadas. Hay muy pocos juicios generales sobre la obra y se concentran, como es habitual, en las páginas de guarda. En su mayor parte, sorprendentemente, son negativos. En la guarda externa delantera se lee: “Este es el libro más fastidioso del mundo”, y en las traseras: “Me aburrí terriblemente leyendo”, “Horriblemente feo, Bella Giulio”. Aunque no falta quien señala:

“este es el libro más bonito del mundo”. Pero si pasamos a analizar las notas, mucho más numerosas, que acompañan las páginas del texto, parece percibirse un sincero interés de los lectores por la narración ofrecida por De Amicis, que en *Constantinopla*, incluso más que en los demás *reportajes* considerados, parece sentirse a gusto en el papel del literato viajero atento al aspecto social y capaz de dibujar con su pluma imágenes fuertemente evocadoras, fotografías en forma escrita extremadamente minuciosas a través de las cuales reinventa su propia experiencia subjetiva y la pone a disposición de todos (Bezzi 2007, pp. 101-102).

Entre las notas internas de los lectores, encontramos apostillas extremadamente concisas, como cuando al comienzo del capítulo *Los eunucos* se lee el comentario: “Pobres desgraciados” (p. 161). También se resuelve en una sola palabra el comentario que encontramos en el pasaje en el que De Amicis describe su visita al suburbio cristiano de Sudludgé, que atraviesa hasta llegar al cementerio israelita, desde donde descubre un vasto panorama, que admira junto a su compañero de viaje, preguntándose incrédulo:

¿De verdad estamos en Constantinopla? - y entonces pensamos que la vida es corta y que todo es vanidad; y nos invaden estremecimientos de alegría; pero en el fondo sentimos que ninguna belleza de la tierra da una alegría verdaderamente completa, si al contemplarla no se siente en la mano la dulce mano de la mujer amada.

El lector aprueba con un seco “es cierto”, que delata la plena identificación con los pensamientos del autor (p. 99). Singular, a su vez, es el hecho de que se recurra hasta tres veces a la exclamación “parbleau”, siempre escrita por la misma mano. Hacia el final del texto, cuando el autor habla de las conversaciones que mantienen los turcos, afirma que estas se centran en lo material, de modo que “el amor queda excluido, la literatura es privilegio de pocos, la ciencia es un mito, la política se reduce sobre todo a una cuestión de nombres”. Un lector comenta, precisamente, “Parbleau” (p. 547). Este tipo de exclamación, lapidaria pero muy eficaz, vuelve en otra ocasión precedida de un comentario jocoso, en el que De Amicis relata cuando un amigo le llevó a un restaurante para conocer la cocina turca. El lector subraya el pasaje en el que el autor afirma: “nos sirvieron más de una veintena de platos”, y comenta, “y me quedo corto”. La narración del episodio continúa y De Amicis declara que en aquella ocasión se sacrificó en nombre de la “ciencia”, dejando entender que no fue de su agrado la cocina local, declaración comentada de nuevo con un “¡Parbleau!”. La interjección francesa se repite en la página siguiente, que se demora en considerar que

todos esos platos se sirven rápidamente, de cuatro en cuatro o de cinco en cinco, y los turcos pescan en ellos con los dedos, pues solo utilizan el cuchillo y la cuchara; y se sirve para todos una sola copa, en la que un sirviente vierte continuamente un agua turbia (ibíd., 196).

El comentario, hermético en algunos casos, expresa los juicios de lectores que desean destacar la belleza de ciertas páginas, en las que la pluma del autor roza cimas poéticas muy elevadas y en las que muestra su adhesión a los principales cánones del exotismo europeo, como la “descomposición de la alteridad en forma pintoresca”, “la sexualización de lo real” y la “teatralización” (Bezzi, 2007, pp. 42, 99). Ocurre, por ejemplo, cuando el autor, al final del capítulo *La llegada*, describe conmovido la tan esperada entrada en Constantinopla por mar. En este punto se encuentra en mayúscula la anotación “magnífica descripción” (De Amicis, 1878c, p. 17), casi como para recompensar al escritor por el esfuerzo que dedicó a dar forma a ese momento tan deseado, que se hace memorable.

Tampoco en *Constantinopla* faltan los comentarios ingeniosos. Por ejemplo, al describir la vida separada que llevan marido y mujer, De Amicis declara: “El marido rara vez cena con su mujer, sobre todo cuando tiene más de una”. Es inevitable el comentario de un alumno avisado: “Suerte que tienen algunos” (p. 316). Especial atención reciben las páginas en las que el escritor ligur-piamontés describe la pompa y la opulencia del cortejo que acompaña al sultán, rodeado de “torrentes de turbantes, avalanchas de hierro, que se precipitan sobre Europa [...], dejando tras de sí un desierto sembrado de escombros humeantes y pirámides de calaveras”. Así lo comenta un lector: “solo faltaba esto” (pp. 176-178). Del gesto jocoso a la irreverencia no hay más que un paso, y no faltan notas en las que los lectores se permiten observaciones en tono burlón. Así ocurre cuando un melancólico De Amicis medita sobre la belleza conmovedora e indescriptible de Constantinopla, que tendrá que abandonar dentro de unos días. Un lector comenta sin muchas contemplaciones: “hoy callos” (p. 528).

En algunos comentarios, los lectores se muestran especialmente maliciosos, como ocurre al final del denso capítulo titulado *En el hotel*, donde el autor recuerda cómo ante la puerta del hotel había todas las noches “uno o dos sujetos de caras equívocas, que debían de ser proveedores de modelos para pintores, y que, tomando a todos por pintores, preguntaban a todo el mundo en voz baja: - ¿Una turca? ¿Una griega? ¿Una armenia? ¿Una judía? ¿Una negra?” (pp. 64-65). Un estudiante comenta: “Sí... sí, proveedores de modelos para pintores (!?) ¡Qué ingenuo es De Amicis! Pero nosotros somos internos...” (p. 65), diciéndonos algo más sobre el significado de ser un interno, de vivir lejos de casa, lejos de

la familia, una experiencia que probablemente hacía crecer más deprisa y adquirir pronto una naturaleza desencantada.

Entre las partes más subrayadas y comentadas de la obra, como era de esperar, se encuentran las dedicadas a *Las turcas*, particularmente detalladas y descriptivas. Éste es sin duda uno de los capítulos más leídos por los internos, en línea con lo observado en otros escritos de viajes de De Amicis, donde las partes que describen la belleza femenina de tierras lejanas son particularmente populares entre los lectores. Hay muchas frases marcadas con subrayados, al igual que hay muchos párrafos resaltados con corchetes y marcas laterales, como aquel en el que se habla del uso del velo por parte de las mujeres islámicas (p. 296) o aquel en el que De Amicis revela algunos secretos de belleza de las mujeres turcas (p. 298). Hay, además, que se destacan por salirse de los lugares comunes e impactar en la imaginación del lector europeo, como el que relata la temeridad de las mujeres turcas al devolver las *avences* de algún joven europeo (p. 301), o el que cuenta la libertad que tienen las mujeres turcas para vagar solas por la ciudad, precisamente ellas que “en la casa solo ven a un hombre, y tienen ventanas y jardines enclaustrados”, observa De Amicis, saben “desmenuzar y refinar los placeres del vagabundeo” (p. 306).

Especialmente bienvenidas parecen ser las páginas dedicadas a la descripción de uno de los lugares femeninos turcos por excelencia, donde se condensa gran parte de la curiosidad del mundo occidental por las formas de vida de las mujeres turcas de clase alta, el harem. Entre los pasajes subrayados por los lectores se encuentran aquellos en los que De Amicis juzga infeliz la vida de la mujer en el harem, no solo por tener que compartir a su marido con otras, sino también porque

en el fondo siempre hay algo despectivo y mortalmente injurioso para la mujer en el amor de un marido que mantiene un eunuco a su lado. En esencia, le está diciendo: - Te amo, eres «*mi alegría y mi gloria*», eres «*la perla de mi casa*»; pero estoy seguro de que si este monstruo que te custodia fuera un hombre, te prostituirías con tu sirviente.

Y el lector comenta: “y haría bien. A las mujeres mantenidas para este fin yo no las llamaría esposas, sino más bien hetairas o incluso...”, expresando un juicio seco y en cierto modo despectivo (pp. 318-319). Pero la vida conyugal de los turcos, y esto no olvida señalarlo De Amicis, varía “considerablemente” según los “medios pecuniarios del marido” (p. 319). Cuanto más pobre se es, más se comparten los espacios del hogar y los momentos del día, un principio que el autor resume con la máxima “la riqueza divide, la pobreza une”. De Amicis afirma: “En el hogar del pobre, no hay diferencia real entre la vida de la familia cristiana y la de la familia

turca”. El hombre y la mujer de esta familia “se tratan de igual a igual”, hasta el punto de que el autor llega a declarar que “solo esta es familia, y la otra es rebaño; solo esta es casa, y la otra es lupanar”». Una opinión, esta, que parece contar con la plena aprobación de los lectores, que observan por ejemplo: «Independientemente de que aquí también se pueden encontrar mujeres infieles, apruebo plenamente la última reflexión de De Amicis» (p. 320).

De mucha interacción parecen ser las páginas que describen a las mujeres turcas en las casas de baños, que pueden albergar hasta “doscientas mujeres, desnudas como ninfas o veladas, que, al decir de las damas europeas que allí estuvieron, presentan un espectáculo ante el que claudicarían los pinceles de cien pintores” (p. 355). En esta parte, la pluma del autor seduce al destinatario y enciende su fantasía, hasta el punto de que se reconocen las manos de al menos tres lectores diferentes, que se entregan a chistes groseros y de mal gusto, algunos de ellos transcritos en letras de molde con un lápiz de color morado, el mismo que traza bocetos caricaturescos en las páginas de guarda del texto, dos de los cuales son de hombres turcos retratados según la moda oriental y uno es un hombre vestido a la manera occidental [fig. 5]. Pero no todos muestran agrado por el estilo de escritura adoptado por De Amicis en estas páginas; algunos se declaran abiertamente molestos, hasta el punto de que al final del capítulo un lector observa: “el tono del autor es demasiado sucio” (p. 360). En las líneas finales del capítulo *Las turcas*, De Amicis imagina un futuro diferente para las mujeres turcas, de mayor libertad en el vestir y en la expresión de sus pensamientos y sentimientos. Esta proyección romántica del autor lleva a un lector a dar voz a su impresión personal: “se diría que De Amicis se enamoró”, dejando implícito que se refiere a las mujeres turcas (p. 359). El escritor de Oneglia cierra el capítulo imaginando “dar su brazo a la mujer de un pachá de paso por Turín, y llevarla a pasear por las orillas del Po, recitándole un capítulo de *Los novios*”, elección plenamente compartida por un lector, que la aprueba diciendo: “¡naturalmente, como buen manzoniano! ¡Ha hecho bien! Por Dios. Manzoniano de corazón, E. D’I...” (p. 360)².

2 Lamentablemente, no hemos conseguido interpretar la grafía del apellido del autor de esta nota.



Fig. 5: De Amicis (1878c), occhietto.

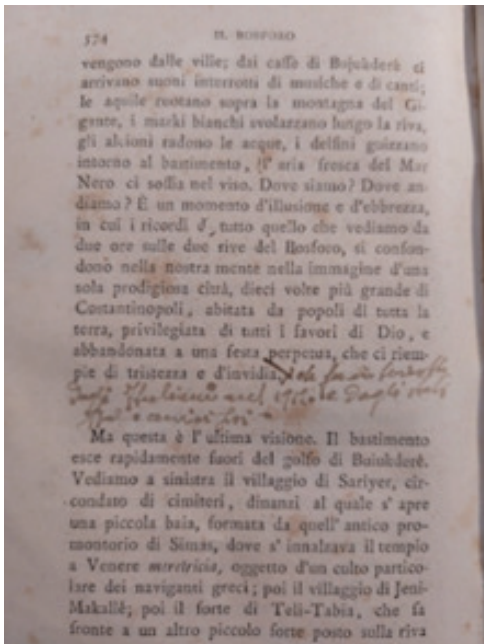


Fig. 6: De Amicis (1878c), p. 574.

Otra categoría de anotaciones que destaca dentro de *Constantinopla* es la que podríamos denominar de corte político. Hay varias. La primera es cuando De Amicis describe el ejército turco y dice que él personalmente fue testigo de que no quedaba nada del “espléndido ejército de los tiempos antiguos” y relata que presencié un episodio en el que un soldado “para hacer entender a tres caballeros europeos que tenían que quitarse el sombrero, se lo quitó él mismo a los tres de un manotazo”. El hecho se comenta al margen con un despreciativo “¡qué asqueroso! ¡los turcos!”, y toda la página aparece tachada con una barra, como queriendo borrarla, hasta tal punto llega la reprobación que despierta esta escena en el lector (p. 170). Muchos son los comentarios que se refieren más o menos directamente a la campaña italiana que llevó a la conquista de Libia, arrebatada al Imperio Otomano. Al final de las jugosas páginas en las que De Amicis cuenta su experiencia personal del baño turco, al que describe como una larguísima tortura, cuyo único placer fue haber llegado hasta el final todavía entero, un lector comenta: “¡Per deos! ¡Después de semejante tratamiento, lo creo yo también! Pero si eso te hubiera ocurrido en 1912, palabra de honor que no salías de allí”, y otro comenta: “fastidioso” (p. 229). Se desprende un antiguo rencor hacia los turcos, identificados desde muy antiguo por los europeos como los infieles y más recientemente por los italianos como los enemigos a batir en una guerra de conquista. No es de extrañar, pues, encontrar comentarios aún más punzantes, como en el capítulo dedicado al palacio imperial, en el que De Amicis afirma: “de todas las cosas, lo que mas rechazo me despertó fueron aquellos oficiales en uniforme de gran gala, que corrían a saltitos, como un rebaño de lacayos, detrás de la carroza imperial. Jamás había visto tamaña prostitución del uniforme militar”. Una flecha conduce entonces a un comentario satisfecho con las observaciones del autor: “¡Muy bien! Los efectos de eso se vieron en la Guerra de Trípoli. ¡Muy bien!” (p. 285). Aparecen conscientes de la progresiva disolución del Imperio otomano, que comenzó con la campaña de Libia 1911-12, el comentario que acompaña al pasaje en el que De Amicis habla del espíritu conquistador de los turcos y del hecho de que se sientan “investidos por Dios con esta soberanía terrenal”, por lo que un lector anota: “En 1914, no creo que todos los turcos puedan pensar así” (p. 540). También está actualizada en relación con los últimos acontecimientos bélicos, incluidas las guerras balcánicas de 1912-13, la anotación que sigue al punto en el que De Amicis, con el corazón lleno de melancolía, contempla Constantinopla desde el barco que le lleva a casa y da su último adiós a esta “prodigiosa ciudad, [...] habitada por pueblos de toda la tierra, privilegiada con todos los favores de Dios y abandonada a una fiesta perpetua” y un lector añade: “que fue interrumpida por los italianos en 1912 y por los estados balcánicos más tarde” (p. 574) [fig. 6].

Conclusiones

A través de las anotaciones y comentarios dejados por los estudiantes del Convitto en las páginas de viajes de De Amicis, hemos tenido la posibilidad de profundizar en un tema tan complejo como lo es el de la recepción/interpretación de las obras por parte del público lector, sacando a la luz aspectos a menudo difíciles de captar y definir directamente, como los relativos al ámbito de las opiniones y, más en general, a las formas de utilización de las obras. La recepción de la que hablamos no es de tipo cuantitativo, como la que se reconstruye a través de las clásicas investigaciones en relación con la fortuna editorial de un texto y, en lo que respecta a los manuales escolares, a la circulación y el uso detectables a través de los datos de adopción (Ascenzi-Sani, 2017-2018, vol. II, pp. 24-29); es una recepción que podríamos definir como de tipo cualitativo, que entra a considerar cómo ese texto fue leído y experimentado por un grupo concreto de estudiantes, vinculado a un contexto espacio-temporal definido. Esta perspectiva nos ha permitido abrir la mirada hacia esos espacios de libertad que los lectores de ayer, como los de hoy, han abierto en el interior del texto, en contra de lo que cabría esperar, dado el predominio de prácticas de lectura disciplinadas y coherentes con los paradigmas educativos vigentes en las escuelas del siglo XIX y principios del XX (cf. Ferrari-Morandi, 2020). De las notas examinadas emerge la voz de los usuarios, que nos permite saber algo más acerca de sus opiniones, sus hábitos de lectura, así como sobre su vida en el internado, y va más allá de todo ello. También hemos tenido la posibilidad de entender algo más sobre la relación entre el texto y el lector que, una vez más, en contra de nuestras expectativas, viola la *auctoritas* del libro depositario del saber y se otorga a sí mismo el derecho a tomar la palabra. Los *reportajes* de viaje de De Amicis conservados en la biblioteca escolar de Macerata, de hecho, muestran una relación viva con el texto, que habríamos esperado encontrar solo después de la Segunda Posguerra, especialmente en los años de la protesta juvenil y la deconstrucción de los paradigmas de la escuela y la biblioteca disciplinada y disciplinante; por el contrario, los escritos de viaje examinados revelan la presencia de usuarios activos y creativos, que se sitúan muy a principios del siglo XX y que tratan el texto de diversas maneras, a veces como un libro de estudio, hasta el punto de subrayarlo, de destacar partes de él con diversos signos, otras veces como si estuvieran tratando con un interlocutor en carne y hueso, con quien intercambian bromas y ocurrencias, casi como si estuvieran con un compañero de clase sentado a su lado, y otras veces como si estuvieran tratando con Edmondo De Amicis en persona y pudieran intercambiar con él opiniones ponderadas y reflexiones más articuladas.

Todo ello parece recordarnos cómo, en definitiva, todo libro puede concebirse, en palabras de Umberto Eco (1962), como una obra abierta; *abierta*, en el sentido de que permite inagotables lecturas e interpretaciones, comentarios de las más variadas formas, quizá nunca verbalizados o rápidamente anotados al final del libro o mientras se lee, de forma fugaz o distraída, con actitud insolente o más meditada. Las posibilidades de expresión son potencialmente ilimitadas pero, más allá de su naturaleza todas atestiguan la presencia de un *lector in fabula* que, por un momento, en algunos casos, como los aquí descritos, somos capaces de interceptar y que casi parece querer recordarnos el por qué de la belleza y el placer de la lectura, que por sí sola puede proyectarnos a mundos infinitos, mucho más allá de los descritos por la combinación de palabras que discurre ante nuestros ojos.

Bibliografía

- Antonelli, Q., Becchi, E. (1995). *Scritture bambine: testi infantili tra passato e presente*. Roma-Bari: Laterza.
- Ascenzi, A., Patrizi, E. (in corso di stampa). Between school memory and historical-educational heritage: the library of the “Giacomo Leopardi” National Boarding School in Macerata. In M. Meda, R. Sani (Eds.), *Proceedings of International Conference «The School and its Many Pasts. School Memories between Social Perception and Collective Representation» (Macerata, 12-15 December 2022)*. Macerata: EUM.
- Ascenzi, A., Sani, R. (2017-2018). *Storia e antologia della letteratura per l'infanzia nell'Italia dell'Ottocento*. 2 vols. Milano: FrancoAngeli.
- Avesani, A. (1988). Le scuole pubbliche nel medioevo e nella età moderna. In *Storia di Macerata* (III, pp. 3-76). Macerata: Grafica maceratese.
- Bezzi, V. (2007). *Nell'officina di un reporter di fine Ottocento. Gli appunti di viaggio di Edmondo De Amicis*. Prefazione di I. Ciotti. Padova: il Poligrafo.
- Borraccini, R.M. (2009). Introduzione. In Ead. (Ed.), *Dalla notitia librorum degli inventari agli esemplari. Saggi di indagine su libri e biblioteche dai codici*. Macerata: EUM
- Vaticani latini 11266-11326
- Croce, B. (1921). Edmondo De Amicis. In Id., *La letteratura della nuova Italia* (I, pp. 161-180). Bari: Laterza.

- Damari, C. (2012). *Tra Occidente e Oriente. De Amicis e l'arte del viaggio*. Milano: FrancoAngeli (ebook).
- Danna, B. (2000). *Dal taccuino alla lanterna magica. De Amicis reporter e scrittore di viaggi*. Firenze: Olschki.
- De Amicis, E. (1874). *Ricordi di Londra*, seguiti da *Una visita ai quartieri poveri di Londra* di Louis Laurent Simonin. Milano: Treves (nuove ed.: Milano: Messaggerie Pontremolesi, 1989; Lanciano: Carabba, 2007; Milano: Ledizioni, 2017).
- De Amicis, E. (1878a). *Spagna*. Firenze: Barbera (1ª edizione Milano: Cervereteri, 1871; nuova ed. a cura di Luca Chiarini, Milano: Otto/Novecento, 2018).
- De Amicis, E. (1878b). *Olanda*. Firenze: Barbera (1ª ed. Firenze: Barbera, 1874; nuova ed. Genova: Costa&Nolan, 1986).
- De Amicis, E. (1878c). *Costantinopoli*. 2 voll. Milano: Treves (1ª ed. Milano: Treves, 1877; nuova ed. a cura di G. Fimiani, Sant'Egidio del Monte Albino: Francesco D'Amato, 2020).
- De Amicis, E. (1880). *Marocco*. (1ª ed. Milano: Treves, 1876; nuova ed. Varese: Ars medica, 2005).
- De Amicis, E. (s.a.). *Alle porte d'Italia*.
- Eco, U. (1962). *Opera aperta. Forma e indeterminazione nelle poetiche contemporanee*. Milano: Bompiani.
- Eco, U. (1985). *Lector in fabula*. Milano: Bompiani.
- Ferrari, M.; Morandi, M. (2020) Eds. *Maestri e pratiche educative dall'Ottocento a oggi. contributi per una storia della didattica*. Brescia : Morcelliana.
- Parenti, M. (1961). Edmondo De Amicis e i suoi editori. In Id., *Ancora Ottocento sconosciuto o quasi* (pp. 177-180). Firenze: Sansoni.
- Redouan, N. (2016). Lo sguardo illuminista di Edmondo De Amicis sul Marocco. *Dialoghi Mediterranei*, 18, 2016, <https://www.istitutoeuroarabo.it/DM/lo-sguardo-illuminista-di-edmondo-de-amicis-sul-marocco-3/> (ultimo accesso: gennaio 2023).
- Regolamento (1865). *Regolamento del Convitto provinciale di Macerata*. Macerata: Tipografia Cortesi.
- Surdich, F. (1985). I libri di viaggio di Edmondo De Amicis. In F. Contorbia (ed.), *Edmondo De Amicis. Atti del convegno nazionale di studi, Imperia 30 aprile – 3 maggio 1981* (pp. 147-172). Milano: Garzanti.